

Palabras sobre

**EL
LIBRO
DE LOS
MUERTOS**

DE AHMET BENELÍ

◆ ALFREDO IVÁN MATA NOYOLA

UNA SOSPECHA DE QUE LA ENFERMEDAD HABÍA REGRESADO POR ÉL LE HIZO APRESURARSE A REDACTAR UN MANUSCRITO QUE TERMINÓ SIENDO LA PRIMERA EDICIÓN DEL LIBRO, QUE MANDÓ IMPRIMIR PARA DEJARLA COMO ÚLTIMO TESTIMONIO ENTRE LOS SUYOS

En 2005 vio la luz una primera edición de *El libro de los muertos*, financiada por su propio autor, un esquivo catalán que firma como Ahmet Benelí. Los escasos ejemplares, menos de un centenar, circularon entre sus más cercanos conocidos y colaboradores, no más allá. El motivo de esta decisión lo expuso en el prólogo a una segunda edición de la misma obra, donde además narró el génesis del mismo libro.

La segunda edición, que se enriqueció considerablemente con el mencionado prólogo y un capítulo adicional, fue publicada en el año 2008 por la hoy extinta editorial Círculo Internacional de Editores. No por ello gozó de una mejor suerte en cuanto a difusión: como ha de ser con los autores de culto, su limitado tiraje circuló por años desapercibido. Un par de sucintas reseñas, una en el diario barcelonés *ADN* y otra en la revista *Quimera*, ofrecieron apenas algunas palabras como testigos de aquella “esotérica reunión de experiencias y reflexiones en torno a la muerte”, como la llamaron.

Hoy ambas ediciones son inasequibles, como también lo es cualquier información sobre su autor. Algunos de sus seguidores aventuran afirmar que es el mismo Benelí quien se ha encargado de coleccionar el mayor número posible de los ejemplares en circulación para destruirlos. Fotocopias de la segunda edición de la obra circularon durante un tiempo en el ciberespacio. Eso es lo que tuvimos algunos lectores para acercarnos a su lectura y análisis.

Hablar sobre el libro es una empresa difícil, puesto que se trata de una obra que puede ser muchas obras, una “reunión de experiencias”, pero también la visión muy personal de un artista sobre la trascendencia del ser en el mundo. Hay múltiples estructuras narrativas que se superponen entre sí: la autobiografía, el ensayo sobre arte y literatura, antropología e historia; el epistolario a personas (reales o ficticias) dentro de la vida del autor; todo esto hilado bajo una pauta específica: la ruta lineal que es el diario de viajes, el paso de su autor por México, que es principio y fin de todas sus evocaciones. Las experiencias vividas en estas latitudes son el punto de partida de sus reflexiones.

El prólogo del 2008, titulado “La impaciencia”, comienza mirando el libro en retrospectiva. A tres años de su escritura, Ahmet Benelí nos introduce en su mundo:

A principios del año 2004 llegué a pensar que iba a morir, era una certeza que no sólo me embargaba a mí sino al equipo de médicos que me veían cada día más diminuto, cada segundo menos yo. [...] En verdad estaba muriendo y ante ello sólo me restaba esperar. Mi cuerpo había claudicado y nada se puede hacer cuando la carne se niega [...]

Recién había publicado el libro *Espejos desiertos*, mi primera novela, y tuve que decirle a mi amigo Joaquim, quien fungió como editor y agente en esa ocasión, que no contara conmigo para la promoción. Entendió. Todos entienden cuando se trata de cuestiones relacionadas a la salud.

Luego de sobrevivir a una enfermedad cuyo nombre nunca menciona, el autor decidió emprender un viaje en busca de experiencias para tratar de comprender mejor aquello por lo que acababa de pasar, dar significado a la visión tan vertiginosa que tuvo de su final, y celebrar también su inesperada victoria sobre Hades. Se decantó por México y comenzó su viaje en la costa de Yucatán, sin una ruta específica y con un montón de mapas como única guía, hasta terminar en la ciudad de Guadalajara: en total pasó cerca de un año recorriendo el país, visitando playas, ciudades, pueblos pequeños, ruinas, lugares tanto célebres como ocultos u olvidados, conociendo a la gente en general, asistiendo a ceremonias y escribiendo todo en cuadernos de viaje. Tras dejar el país y volver a su patria decidió organizar sus diarios. Una sospecha de que la enfermedad había regresado por él le hizo apresurarse a redactar un manuscrito que terminó siendo la primera edición del libro, que mandó imprimir para dejarla como último testimonio entre los suyos, “por todo lo demás que tuve intención de hacer y decir, y que probablemente me sea imposible”.

EL AUTOR PROPONE QUE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD PODRÍA ESCRIBIRSE CON BASE EN LOS TRIBUTOS DE CADA CULTURA HACIA LA MUERTE, O, MEJOR DICHO, AL FIN DE LA VIDA.



La imagen de la muerte encontró en su viaje constantes referencias a episodios de su vida, a obras de arte, libros, anécdotas y recuerdos que fueron emparentando hasta volverse la amalgama de capítulos que constituyen el grueso de la obra. El ser testigo de un funeral en un pequeño pueblo camino de Irapuato, casi al final de su trayecto, le hizo pensar en la obra inconclusa de Sergei Eisenstein, *¡Que viva México!*, en las tradiciones que el cineasta ruso se empeñó tanto en capturar, en cómo van desapareciendo del mundo. También habla de los miles de refugiados españoles de la República de Franco que encontraron asilo en el país. Ahí iban algunos familiares que se perdieron en la inmensidad de las tierras que entonces pisaba, en la vasta llanura carente de vida, carente de sentido, que a veces veía en sus recorridos. “Tanta tierra abandonada, nos hemos abandonado nosotros”.

Una tarde nublada, de apariencia casi apocalíptica en el Zócalo del entonces Distrito Federal, le trajo reminiscencias de los grabados que Gustave Doré hizo sobre el *Paraíso Perdido* de Milton. En otro capítulo, cerca de León, habla sobre el grabado *El caballero, la muerte y el diablo*, de Durero. La idea de las alegorías representadas a través de la técnica, la multiplicidad de símbolos, la composición en esas obras, lo hacen pensar en la representación del fenómeno de la muerte como metáfora artística a través de la historia del hombre: desde la preservación de los antiguos faraones en sus enormes pirámides, pasando por los funerales descritos por Homero, hasta las momias que se exhiben en los museos de Guanajuato, que contempla maravillado. El autor propone que la historia de la humanidad podría escribirse con base en los tributos de cada cultura hacia la muerte, o, mejor dicho, al fin de la vida.

En otros episodios a lo largo del viaje, el autor recuerda y narra episodios autobiográficos: la muerte de su madre muy joven, que propició el desapego emocional de su padre y cómo fue su hermana mayor quien terminó por hacerse cargo de él y de su hermana menor. “Muy temprano en la vida me encontré con ella (la muerte), demasiado joven era para comprender algo. [...] Luego pasó mucho tiempo sin que volvieran a preocuparme dichos pensamientos, a que la presencia de la ausencia se colara de nuevo en mis días y comprender la tragedia que ello supone.” Al morir sus abuelos maternos, ya siendo adolescente, se disuelve el último vínculo de ternura que experimentó en vida. A pesar de crecer acostumbrado a su ausencia, la imagen de su madre siempre le causó un sentimiento de necesidad, que revive al ver una peregrinación en la Villa de Guadalupe, concluyendo que los huérfanos buscan esperanza, consuelo. La peregrinación, según Benelí, simboliza la fragilidad con que debemos llegar al lugar donde venimos a pedir.

Entre otras experiencias se encuentran las de sus amores juveniles, que siempre se tornan en partidas dolorosas. Esto da pie a que en varios momentos la narración se vuelva una epístola. La primera de ellas va dirigida a una joven de nombre Marina, aparentemente un gran amor del pasado, a quien le da cuenta de su vida en todos estos años de ausencia, al tiempo que va recordando momentos de la relación, para luego declararle una dolorosa nostalgia “que no ha dejado de calar todos estos años”. Otras cartas las dirige a su sobrino: le pide disculpas por alejarse, explicando la necesidad que tenía de soledad para pensar, le cuenta sus días, le recomienda libros de los que hace comentarios críticos en el texto, y le cuenta cosas de la familia y de su vida. Le anima a escribirle de vuelta, pero esas contestaciones, si existieron, no forman parte del libro.

Al final de su recorrido, cuando emprende el regreso a España, ha dejado tras de sí un remolino de pensamientos sobre su vida. Compara el proceso de fallecer con el de ir desprendiéndose de todo vínculo. El capítulo añadido trata de un intento de suicidio de una amiga muy cercana, que años después le hizo visitar aquel manuscrito de ideas fúnebres y ampliarlo a partir de este reencuentro con lo fatídico.

El caos de la organización de su escritura es parte del encanto del libro. Aquí no encontraremos al mejor Benelí, pero sí a uno muy sincero, necesitado de

TRASCIENDE, QUIZÁ SIN TOCAR NADA NUEVO REFERENTE A LA MUERTE, PRECISAMENTE POR SABER UTILIZAR ESE TEMA COMO LA EXCUSA PARA HABLAR DE TODO EN VEZ DE QUEDARSE EN “LA NADA”.

hablar sobre muchas cosas, sobre su vida, su muerte, la muerte. Aunque no sea una obra consumada, en el sentido que no llega a tener el rigor necesario para considerarse ni un ensayo serio ni tampoco una autobiografía fiable

(pues es conocido el hábito del autor de mezclar ficción y realidad hasta dejarlos indiscernibles), la seriedad de su escritura confirma a su escritor como un prosista excepcional. El ir y venir de experiencias, los cambios constantes de ritmo, de género, la inmiscusión de un género en medio de otro, casi a modo de collage poligráfico, dotan a la obra de un dinamismo que la rescata de un simple relato monótono e intrascendente. Trasciende, quizá sin tocar nada nuevo referente a la muerte, precisamente por saber utilizar ese tema como la excusa para hablar de todo en vez de quedarse en “la nada”.

Ahmet Benelí publicó por última vez en el año 2014. Desde entonces poco o nada se sabe de él, sólo hay conjeturas. Sus seguidores más optimistas se inclinan a pensar que está trabajando en su siguiente obra, pero eso nadie lo puede afirmar. Pensar en él, en su desaparición, es pensar en lo que significa quizá este libro: la extinción de sí mismo. ●